

Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe

Caminar con María PASCUA 2023



DESDE EL TEPEYAC AL MUNDO
*Santa María de Guadalupe
irradia el Pentecostés en América*



*RECOPILO: M. I. Monseñor: Jorge Antonio Palencia Ramírez de Arellano
Canónigo del Venerable Cabildo Colegial de Guadalupe*

ALELUYA ALELUYA, Verdaderamente ha resucitado el Señor.

Muy Estimados Hermanos y Hermanas,

Con la gran solemnidad de Pentecostés concluye el tiempo Pascual, Jesús nos ha invitado a ponernos en camino e invitar a los demás a ser sus discípulos y hoy en torno a Santa María de Guadalupe, toda América celebra con alegría la llegada del Espíritu Santo. Hemos caminado con María en esta Pascua 2023, gozando el triunfo de Cristo, sobre el pecado, el mal y la muerte, al inicio de esta NOVENA INTERCONTINENTAL GUADALUPANA.

Desde el encuentro eclesial de Aparecida, Brasil, en 2007 hemos implorado **un nuevo Pentecostés**, para vivir en profundidad la vida de discípulos a partir del encuentro personal con Jesús, que da un nuevo horizonte a nuestra vida y si la vida cristiana es una vida según el Espíritu, uno de los desafíos que se nos presentan en esta época a los discípulos de Jesús es cómo ser *“verdaderos testigos de la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, y señal del Dios vivo”* (Lumen Gentium. 38).

El verdadero desafío está en: ¿cómo anunciar en un lenguaje inteligible la buena noticia de salvación? El problema no está en el contenido de la evangelización sino en el modo de presentarlo en las circunstancias actuales de increencias, de crisis sociopolítica y económica, de la vida violentada por falta de verdad y de justicia. Estas situaciones arduas y complejas nos cuestionan a los discípulos del Señor, nos urge una creatividad y audacia para realizar el mandato de Jesús Resucitado, intentando nuevos caminos para presentar vivo, actual y dinámico el mensaje del Evangelio.



En este Pentecostés 2023, dentro de las acciones de la NOVENA INTERCONTINENTAL GUADALUPANA, nuestro punto de partida debe ser el

enfrentarnos con las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, que contradicen el proyecto del Padre e interpelan a los discípulos a un mayor compromiso a favor de la paz y la reconciliación entre las personas y los pueblos.

Debemos asumir con la fuerza del espíritu Santo la manera de restaurar las redes humanas destrozadas, por la injusticia, la ingobernabilidad, la falta de verdad y de justicia, debemos asumir con nueva fuerza la opción por los más abandonados, los más solos, porque que sufren la violencia, el miedo y el terror a cada instante de sus vidas personales, familiares, laborales y como ciudadanos.

“Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, el conformismo y la indiferencia; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza. Por eso, se volverá imperioso asegurar cálidos espacios de oración comunitaria que alimenten el fuego de un ardor incontenible y hagan posible un atractivo testimonio de unidad ‘para que el mundo crea’ (Jn 17,21)” (DA, n.362).

Lectura del santo evangelio según san Juan (Jn 20, 19-23)

Al anoecer del día de la Resurrección estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “la Paz esté con ustedes” Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Cuando los discípulos vieron al Señor, se llenaron de alegría.

De nuevo, les dijo Jesús: “la Paz este con ustedes”. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo. Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar.”

MEDITACION

La comunidad de discípulos, siempre se ha constituye alrededor de Jesús vivo y presente, crucificado y resucitado. Él está en el centro de nuestras vidas otorgándonos confianza y seguridad al mostrarnos los signos de su victoria sobre la muerte. Su presencia es activa, Él, que se ha entregado por nosotros, brota la fuerza de vida que anima a la comunidad en su misión, que da testimonio ante el mundo de la realidad del amor del Padre y de la aceptación o rechazo de este amor es el criterio de discernimiento para que el mundo crea.

Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor Resucitado, Jesús cumplía lo anunciado: les enviaré el Espíritu Santo y tendrán paz: este acontecimiento escapa todo control humano; rompe el molde de lo estrictamente histórico y se sitúa en el plano de la fe: crean. Aquí brota el sentido profundo de Pentecostés.

Y los discípulos se llenaron todos de Espíritu Santo... tengamos nosotros el valor, al menos una vez, de dejarnos habitar por el "viento fuerte" este "fuego", dejemos que nos habiten, hagamos la prueba de recibirlos como elementos de sacudida, de inspiración, de desestabilizarnos de toda norma establecida. Dejemos que entren en nuestra existencia con fuerza y no nos refugiemos o escondamos en nuestros esquemas de siempre, de los cotidianos. Este fuego no es decorativo, es transformador, su acción es devastadora no deja nada, quema hasta los recuerdos, es la "nueva creación", es el Espíritu Santo que viene a encender una pasión fuerte, obsesiva y nueva.



Salgamos fuera de nuestro ordinario acontecer, de nuestro planes y rutinas, dejemos que la alegría de vivir y el fuego de amor nos embriaguen y perfumen los lugares más íntimos de nuestro ser. Iniciemos festivamente esta NOVENA INTERCONTINENTAL GUADALUPANA, que nos llevara hasta el V Centenario de las apariciones de María Santísima en el Tepeyac en 1531,

Sonriamos de verdad a los otros, dejemos que vibre y estremezca la emoción, que haya un gesto espontáneo en nuestro entorno que alguien se sienta querido, amado y aceptado más allá de su pensamiento, sólo por ser la imagen de aquel que nos enciende. Dejemos que la variedad de dones de Aquel que nos mueve nos encienda y se exprese de manera que no imaginamos.

"...después de medio milenio del Acontecimiento Guadalupano, su celebración eclesial significa docilidad de espíritu para dejarse confrontar por el llamado de Santa María, ante el que nosotros, como el humilde Juan Diego, debemos preguntarnos, si por ventura nos hemos hecho dignos del mensaje del cielo, si hemos hecho de nuestra nación aquel espacio de bonanza que anhelaron nuestros ancestros². En otras palabras, nos preguntamos si el Tepeyac y sus moradores, México y sus habitantes, ¿gozan del consuelo de una sociedad más justa y pacífica? Más aún, podemos cuestionarnos si, como Iglesia ¿somos "esa casita", construida con

dinámicas sociales y alternativas económicas humanizadoras, ajenas al sistema liberal de corrupción y explotación de los más empobrecidos? (PGP PROYECTO GLOBAL DE PASTORAL 2031-2033 CEM no. 11)

Vivamos este Pentecostés con el viento y el fuego que se divierten, y nos transforma en instrumentos gozosos de la vida, para los demás, que seamos incontrolables, imprevisibles, no programables, llenos del Espíritu de Dios.

- ❖ Mira tu pasado y presente, reconoce los momentos que se parecen a Pentecostés.
- ❖ Qué hechos que te han impulsado al amor.
- ❖ Qué sentimientos que te han motivado a actuar.
- ❖ Quienes te han provocado nuevos impulsos de vida.
- ❖ Mira tu entorno. Reconoce al Espíritu actuando... vivo en los demás, en los acontecimientos de tu vida personal, familiar, cívica
- ❖ ¿Qué se está renovando en tu entorno?
- ❖ ¿Quién está viviendo ocultamente, en nosotros?

Terminamos orando juntos la Secuencia del Espíritu Santo.

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.
Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.
Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado
cuando no envías tu aliento.
Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,

doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

María, discípula y misionera



Vista desde la realidad del continente de América, María aparece como el rostro materno y misericordioso de Dios: como señal de la presencia y cercanía del Padre y de Cristo. Dos aspectos se descubren en María a la luz del Evangelio: su apertura a Dios y su cercanía al pueblo. María es vista como la peregrina de la fe y de la esperanza, escuchando la Palabra de Dios en la Escritura y en la vida, creyendo en esa palabra y viviendo sus exigencias en todas las circunstancias.

“..... en el rostro mestizo de la Virgen de Guadalupe vemos la propuesta de un mensaje de comunión. Es posible superar las diferencias entre las razas a través de la paz y la armonía. El mestizaje no es mostrado como un hecho humillante, sino como una riqueza. Pero además, María de Guadalupe ha unido a los mexicanos de una manera asombrosa en muchos momentos de la historia de nuestra patria y lo ha hecho, sobre todo, mostrándonos a su hijo Jesucristo. Ya nuestros antecesores decían: La Virgen no busca esta salvación en Cristo recordando derrotas pasadas, suscitando violencias o predicando el odio y la división; antes, omitiendo toda mención que pudiera enconar las heridas. María anuncia la Buena Nueva de la Fe y el Amor, del Perdón y de la Paz. A través, sólo de este ‘Evangelio’, como vínculo de unión y

*fraternidad, supera las tensiones, propicia el acercamiento y hace nacer un pueblo nuevo*⁴⁸. *En una sociedad fragmentada, como la nuestra, todos, los obispos y los agentes de pastoral estamos llamados a trabajar por la unidad. Todos estamos invitados a superar las diferencias que nos lastiman y entristecen*" (PGP PROYECTO GLOBAL DE PASTORAL 2031-2033 CEM no. 159)

El Documento de Aparecida presenta a la Virgen María como discípula y misionera: *"Del evangelio, emerge su figura de mujer libre y fuerte, conscientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo. Ella ha vivido por entero toda la peregrinación de la fe como madre de Cristo y luego de los discípulos, sin que le fuera ahorrada la incompreensión y la búsqueda constante del proyecto del Padre"* (DA n. 266).

María Santísima es también:

"...la gran misionera continuadora de la misión de su Hijo y formadora de misioneros. Ella, así como dio a luz al Salvador del mundo, trajo el evangelio a nuestra América" (DA, n. 269).

"...Quien nos ayuda a mantener vivas las actitudes de atención, de servicio, de entrega y de gratuidad que deben distinguir a los discípulos de su Hijo... Crea comunión y educa a un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente si es pobre y necesitado" (DA, n.272).

"...en el canto del Magnificat María se muestra como mujer capaz de comprometerse con su realidad y de tener una voz profética" (DA. n. 451).

Recorriendo el itinerario de la vida de la Virgen María, en el documento Lumen Gentium del Concilio Vaticano II se nos recuerda su presencia en la comunidad que espera Pentecostés:

"Dios no quiso manifestar solemnemente el misterio de la salvación humana antes de enviar el Espíritu prometido por Cristo. Por eso vemos a los Apóstoles, antes del día de Pentecostés, "perseverar en la oración unidos, junto con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y sus parientes" (Hch 1, 14). María pedía con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación la había cubierto con su sombra» (Lumen Gentium, 59).

La primera comunidad cristiana constituye el preludio del nacimiento de la Iglesia; la presencia de la Virgen contribuye a delinear su rostro definitivo, fruto del don de Pentecostés.



En la atmósfera de espera que reinaba en el Cenáculo después de la Ascensión, ¿cuál era la posición de María con respecto a la venida del Espíritu Santo? El Concilio subrayó su presencia, en oración, con vistas a la efusión del Paráclito. María implora *“con sus oraciones el don del Espíritu”*. Esta afirmación resulta muy significativa, pues en la Anunciación el Espíritu Santo ya había venido sobre ella, cubriéndola con su sombra y dando origen a la Encarnación del Verbo.

Al haber tenido ya una experiencia sobre la eficacia de ese don, la Virgen María estaba en condiciones de poderlo apreciar más que cualquier otra persona. Tal como lo afirmó el Papa San Juan Pablo II en su audiencia del 28 de mayo de 1997

“A diferencia de los que se hallaban presentes en el Cenáculo María era plenamente consciente de la promesa de su Hijo a los discípulos (cf. Jn 14, 16), ayudaba a la comunidad a prepararse adecuadamente a la venida del Paráclito. Por ello, su singular experiencia, a la vez que la impulsaba a desear ardientemente la venida del Espíritu, la comprometía también a preparar la mente y el corazón de los que estaban a su lado.

Durante esa oración en el Cenáculo, en actitud de profunda comunión con los Apóstoles, con algunas mujeres y con los hermanos de Jesús, la Madre del Señor invoca el don del Espíritu para sí misma y para la comunidad. Era oportuno que la primera efusión del Espíritu sobre Ella, que tuvo lugar con miras a su maternidad divina, fuera renovada y reforzada. En efecto, al pie de la Cruz, María fue revestida con un nueva maternidad, con respecto a los discípulos de Jesús. Precisamente esta misión exigía un renovado don del Espíritu. Por consiguiente, la Virgen lo deseaba con vistas a la fecundidad de su maternidad espiritual.



Mientras en el momento de la Encarnación el Espíritu Santo había descendido sobre Ella, como persona llamada a participar dignamente en el gran misterio, ahora todo se realiza en función de la Iglesia, de la que María está llamada a ser ejemplo, modelo y Madre. En la Iglesia y para la Iglesia, Ella, recordando la promesa de Jesús, espera Pentecostés e implora para todos abundantes dones, según la personalidad y la misión de cada uno. En la comunidad cristiana la oración de María reviste un significado especial: favorece la llegada del Espíritu Santo, solicitando su acción en el corazón de los discípulos y en el mundo. De la misma manera que, en la Encarnación, el Espíritu había formado en su seno virginal el cuerpo físico de Cristo, así ahora en el cenáculo, el mismo Espíritu viene para animar su Cuerpo místico.

Por tanto, Pentecostés es fruto también de la incesante oración de la Virgen, que el Paráclito acoge con favor singular, porque es expresión del amor materno de ella hacia los discípulos del Señor. Contemplando la poderosa intercesión de María que espera al Espíritu Santo, los cristianos de todos los tiempos, en su largo y arduo camino hacia la salvación, recurren a menudo a su intercesión para recibir con mayor abundancia los dones del Paráclito. En la Iglesia que nace, María entrega a los discípulos, sus recuerdos sobre la Encarnación, sobre la infancia, sobre la vida oculta y sobre la misión de su Hijo divino, contribuyendo a darlo a conocer y a fortalecer la fe de los creyentes, después de Pentecostés, la Virgen María continuó llevando una vida vigilante y eficaz, guiada por el Espíritu Santo, su presencia llena hasta los confines del mundo. (cfr. San Juan Pablo II Audiencia general del miércoles, 28 de mayo de 1997)

CAMINAR CON MARIA HACIA EL V CENTENARIO

